

“HEME AQUÍ”

Ha perdido alguna vez su cartera o bolsa? Puede que sí. Y puede que cuando esto sucede, la gente trate de animarlo diciendo:

–¿Dónde la viste por última vez?

–Bueno, de hecho no le salieron piernas para irse.

–No te preocupes, el viento no pudo habérsela llevado.

Es probable que en ese momento no considere útiles estos comentarios. Sin embargo, son ciertos. Nunca en toda la historia del mundo a una cartera le han salido piernas para salirse por la puerta, ni una sola vez. Tampoco nunca una bolsa de mano se ha evaporado para convertirse de sólido en gas. ¡Jamás!

Lo que significa que cuando algo se pierde, todavía existe, está en alguna parte. Necesita ser hallado... ser encontrado.

Los buzos buscan tesoros perdidos en barcos hundidos con cuantiosas cargas de oro y joyas. Los buscadores de tesoros excavan las minas de oro que se han perdido, o las inmensas riquezas que han quedado sepultadas, las cuales se marcan con una “X” en el mapa. La policía busca a niños extraviados. Los restauradores de pinturas quitan las capas dañadas de obras maestras a fin de recuperarlas. Aventureros y exploradores que andan en busca de arcas perdidas: ya sea

el arca de Noé o el arca del pacto.

Las cosas extraviadas, están en alguna parte. Lo único que se necesita es encontrarlas.

El mayor tesoro que este mundo jamás haya conocido, no es el manto sagrado, las minas del rey Salomón, o algún campo todavía no descubierto donde existan diamantes del tamaño de una pelota de béisbol. El mayor tesoro que jamás haya estado presente sobre la tierra fue el mismo Creador: Cristo Jesús. Y cuando se fue, dejó a sus seguidores un tesoro invaluable, el cual podrían gozar y compartir con otros: su Verdad.

Pero, con el paso de los años, este precioso tesoro recubierto con capas de error, y ello no sucedió accidentalmente, fue la obra deliberada del más grande enemigo de Cristo, quien se ha infiltrado en la iglesia, propiedad de Cristo, y ha hecho que ésta se comprometa, falsifique y pisotee la verdad pura que una vez le fue dada.

Con el correr del tiempo, cada verdad de la Palabra de Dios fue sepultada bajo las capas del error: la falsedad, las tradiciones y las mentiras:

- La verdad de la salvación como un don gratuito, fue reemplazada por la falsa enseñanza de la salvación mediante el esfuerzo humano.
- La verdad del acceso al Padre únicamente mediante Jesús, fue sustituida por la doctrina de la mediación sacerdotal humana.
- La autoridad de la Biblia, fue reemplazada por la autoridad del Papa y la tradición humana.

110 LOS LLAMADOS. . . LOS ESCOGIDOS

- El perdón de pecados ya no fue más un don que se recibe gratuitamente, sino algo que debe ser pagado o ganado.
- El sábado, como día de descanso, fue sustituido por el domingo: un día escogido por el hombre.
- La confesión únicamente a Dios, fue reemplazada por la confesión al sacerdote.
- La Biblia, como un regalo de Dios para todos, fue prohibida su lectura y llegó a ser propiedad de los líderes de la Iglesia.
- Aun los diez mandamientos de la ley de Dios fueron cambiados, a fin de que se adaptaran a una iglesia que había perdido el rumbo.

Además, una hueste de enseñanzas y prácticas no bíblicas fueron expuestas como “verdad”, tales como la misa, la transubstanciación –la supuesta transformación de los elementos de la comunión (el pan y el vino) en el cuerpo y la sangre literales de Cristo–, las oraciones por los muertos, la veneración a María y a los santos “vicarios” y a ídolos e imágenes como sagrados.

Recuerde que el mensaje más importante de este libro es que Dios siempre ha tenido sus fieles y leales seguidores. En cada época, desde el Edén, cuando Satanás ha hecho lo mejor que ha podido para esconder, falsificar o encubrir la verdad, Dios siempre ha contado con aquellos que han escogido creer la verdad, vivir la verdad y compartirla sin importar el precio.

Ya fuesen los patriarcas que siguieron después de Adán, los fieles de Israel, los cristianos de la iglesia primitiva, o los que –como los albigenses y valdenses, según lo notamos en el capítulo anterior– se mantuvieron de parte de la verdad a costa de su propia vida. Dios siempre ha contado con una cadena irrompible de fieles.

En las horas más oscuras de la Edad Media, Dios halló valientes y leales que pusieran en alto la verdad pisoteada y sacarla de nuevo a la luz.

Un mensaje en el tablero

Todo comenzó con un mensaje puesto en el boletín del plantel de una universidad en Alemania.

En aquellos años, las puertas de la iglesia universitaria servían a veces como el boletín oficial para todo el campus. El 31 de octubre de 1517, los que se detuvieron a mirar la puerta de la iglesia, hallaron en ella un documento clavado por un sacerdote católico y profesor de la universidad. Ese documento cambiaría la historia, pues las 95 Tesis de Martín Lutero –clavadas en la puerta de la iglesia del Castillo de Wittenberg– confrontaban directamente el error con la verdad bíblica, e inauguraban la Reforma Protestante.

Aunque la historia toma las 95 Tesis de Lutero como el comienzo de la Reforma Protestante, las verdades que dicho movimiento defendió fueron anunciadas un siglo antes o más por Juan Wiclef. Aun cuando él murió cien

años antes del nacimiento de Martín Lutero, fue más tarde conocido como el “Lucero de la Reforma”, debido a sus claras enseñanzas y la predicación de la verdad bíblica. La influencia de Wiclef en reformadores posteriores tales como Lutero, fue profunda, y fue conocido como el primero en publicar la Biblia en el lenguaje común de los hombres y las mujeres.

Un estudiante, seguidor de Wiclef, Juan Hus, tuvo también un enorme impacto sobre los reformadores posteriores. Él enseñó casi todas las verdades que Lutero y otros, más tarde, harían la piedra angular de sus esfuerzos por reformar a una iglesia que, por siglos, había sepultado la verdad divina bajo escombros de tradiciones y errores.

Hus se opuso, sin temor alguno, a una gran variedad de errores de la iglesia, incluyendo la venta de indulgencias que no eran sino el pago de cuotas, o donaciones, a fin de asegurarse el perdón de los pecados. La Iglesia catalogó a Hus de hereje, y en el año 1411, fue excomulgado de la Iglesia. Pero continuó enseñando la verdad bíblica, oponiéndose al error de la iglesia, hasta que al fin en el año 1415, la iglesia lo condenó a la hoguera. Jerónimo de Praga, un amigo y seguidor suyo, tendría la misma suerte casi un año después.

Comienza la Reforma

Estos líderes anteriores a la Reforma pusieron las bases para el gran movimiento que habría de seguir. Cuando Lutero vio claramente el contraste entre la verdad y el error

en 1517, dio comienzo a la Reforma, a su gran movimiento. Pero, muy pronto, Lutero sería excomulgado de la Iglesia. Asistido por la imprenta recientemente inventada, el movimiento se extendió con rapidez en Suiza. La obra de Lutero fue difundida, al unírsele Ulrico Zwinglio, el teólogo francés; Juan Calvino, juntó los cabos de este movimiento en Suiza, Escocia, Alemania y otros lugares de Europa. Por su parte, Erasmo ejerció mucha influencia en Lutero. Y, aunque permaneció como miembro de la Iglesia Católica hasta el fin de su vida, por escrito combatió los errores de ésta en forma magistral.

Un momento clave para la Reforma tuvo lugar en el año 1521, cuando el 16 de abril, el Emperador Romano Carlos V, en contubernio con el Papa, citó a Lutero a la Dieta (Asamblea) en la ciudad de Worms, Alemania.

Juan Eck, asistente del arzobispo local, llamó la atención de Lutero a una mesa sobre la cual estaban copias de sus escritos. Eck le preguntó a Lutero si esos libros eran suyos, y si todavía creía lo que allí había escrito.

Lutero pidió que se le concediera tiempo antes de contestar a la pregunta, lo cual le fue concedido. Lutero meditó, oró, y consultó con sus amigos. Al día siguiente, se presentó ante la Dieta.

Eck pidió a Lutero que respondiera a la siguiente pregunta: “¿Se retracta usted de estos escritos y los errores que ellos contienen?”

La respuesta de Lutero debería ser un desafío y motivo de orgullo para cada uno de nosotros que aspiramos a

mantenernos firmes de parte de las verdades que Dios nos ha dado:

“A menos que se me convenza con Las Escrituras y mediante la razón –contestó Lutero–, no puedo aceptar la autoridad de los papas y de los concilios, pues ellos mismos se contradicen. Mi conciencia está cautiva a la Palabra de Dios. No puedo, y no podré retractarme de nada, pues esto sería ir en contra de la conciencia, lo cual no es correcto ni seguro. Aquí estoy. No puedo hacer otra cosa. Que Dios me ayude. ¡Amén!”

Unos días después, la Dieta publicó un edicto declarando que Lutero era un hereje y que estaba fuera de la ley. Ya para entonces, Lutero había sido secuestrado por sus amigos y llevado a un lugar seguro, el castillo de Wartburgo. Mientras estaba allí, el reformador tuvo la oportunidad de comunicarse mediante cartas, y de aconsejar a su amigo y aliado, Felipe Melanchthon. Éste sería uno de los muchos que ayudarían a Lutero a traducir la Biblia al alemán, para que la gente común tuviera acceso a ella.

Esta traducción de 1534, tuvo profunda influencia en William Tyndale, quien después publicó una traducción al Inglés del Nuevo Testamento. La obra de Tyndale, a su vez, sería el fundamento para el desarrollo de la Versión de la Biblia del Rey Jacobo, unas décadas más tarde.

De hecho la Biblia, mantenida bajo llave y alejada del pueblo por siglos, estaba una vez más desencadenada. Por lo tanto –el pueblo pudo ver la verdad en contraste con los errores enseñados por la iglesia–, la obra de la Reforma pudo

seguir adelante.

Lutero, el gigante de la Reforma, continuó la tarea hasta su muerte en 1546; gracias a él, fue posible recuperar y restaurar las verdades eternas perdidas.

Lutero, Calvino, y otros líderes de la Reforma, hicieron a un lado siglos de mentiras y de enseñanzas falsas a fin de sacar a la luz las verdades puras que Jesús había originalmente encargado a la iglesia primitiva, la iglesia apostólica.

Pero la Reforma, con el tiempo, perdió su impulso, y mucha de su pasión original se desvaneció. Antes que todas las verdades bíblicas perdidas fuesen rescatadas y restauradas, las iglesias reformadas perdieron de vista su misión y se ocuparon mayormente de asuntos organizacionales y discusiones sobre sus diferencias.

Lamentablemente, fue demasiado tarde para restaurar otras grandes verdades extraviadas, incluyendo las verdades acerca del sábado, la Segunda Venida de Jesús, y la obra de Cristo como nuestro intercesor y la verdad acerca de la naturaleza del hombre y el estado de los muertos.

Sardis

De las siete iglesias descritas en el libro de Apocalipsis, la iglesia de los tiempos de la Reforma es la iglesia de Sardis. Nótese lo que Dios le escribe a esta iglesia:

“Escribe al ángel de la iglesia de Sardis. El que tiene los siete espíritus de Dios, y las siete estrellas, dice esto: Yo

conozco tus obras, que tienes nombre de que vives, y estás muerto. Sé vigilante, y afirma las cosas que están para morir; porque no he hallado tus obras perfectas delante de Dios. Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído, y guárdalo, y arrepiéntete. Pues sin velas, vendré sobre ti como ladrón, y no sabrás a qué hora vendré sobre ti. Pero tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras; y andarán conmigo en vestiduras blancas, porque son dignas. El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre y delante de sus ángeles" (Apoc. 3:1-5).

Debo decir, nuevamente, que no es posible en este capítulo hacer una detallada exposición del mensaje a la iglesia de Sardis. Pero note el lector por lo menos dos cosas:

Dios les dice: "Tienes nombre de que vives, pero estás muerto". La iglesia parecía estar viva. Esto se veía en servicios constantes, un dominio tanto en el mundo religioso como en el político; un sacerdocio numeroso, grandes riquezas y edificios muy bien adornados. Pero espiritualmente, hacía tiempo que habían muerto.

Luego, note esto: "Tienes unas pocas personas en Sardis que no han manchado sus vestiduras, y andarán conmigo porque son dignas".

Unos pocos. Los que nos se han ensuciado. Los dignos. Sí, los pocos, los mismos, los que hemos estado siguiendo a través del tiempo. Los contados que han permanecido fieles a Jesús y a su verdad, pasara lo que pasara.

Estos pocos, por su puesto, fueron hombres como Juan Hus, Jerónimo de Praga, Lutero y muchos otros que, sin ambages, se pararon firmes en contra del error y proclamaron la verdad, sin que importara el costo. También incluía a una hueste de creyentes casi olvidados, no destacados, quienes no fueron menos valientes que aquéllos.

Entre éstos se hallan los hugonotes de Francia y Suiza, quienes respondieron con entusiasmo al llamado de Lutero y de Calvino a reformarse. Éstos creían de todo corazón en las enseñanzas básicas de la Reforma como la salvación por medio de la fe, la autoridad de la Biblia, y el directo acceso a Dios mediante Cristo, y no a través de lo sacerdotes humanos.

Decididos en su oposición a la Iglesia Católica y a sus enseñanzas y prácticas, los hugonotes pronto sintieron la ira de la persecución. Las guerras religiosas de Francia en contra de los hugonotes, comenzaron con una masacre en el mes de marzo de 1562, en la cual un número desconocido de personas fueron muertas.

Ese holocausto llegó a conocerse como la matanza de San Bartolomé, que duró desde el 24 de agosto hasta el 17 de Septiembre de 1572. La matanza comenzó en París y se extendió a los pueblos vecinos, siendo asesinados una cantidad estimada de 70,000 hugonotes. La persecución continuó hasta 1598 cuando Enrique IV, el nuevo rey de Francia, les concedió libertad religiosa y política, pero sólo en su propio territorio.

En las décadas del año de 1600, muchos hugonotes emigraron a Sudáfrica, así como a las trece colonias de Norteamérica. Entre estos inmigrantes estaba un platero de nombre Apolo Rivoire, quien dio a su hijo su nombre y su profesión angloestilizados –Paul Revere–, el afamado revolucionario americano.

Hoy, al leer estos capítulos, gozamos el privilegio de vivir y enseñar nuestra fe en una atmósfera de completa libertad. Pero, también vivimos en un mundo cambiante ante nuestros propios ojos. Un mundo donde las libertades personales parecen estar en riesgo por causa de la seguridad nacional.

No siempre tendremos las libertades que hoy disfrutamos, y que las hemos llegado a dar por sentadas. El tiempo se acerca cuando de nuevo la oposición, y aun la persecución, se volverán a levantar.

¿Estaremos nosotros entre esos pocos fieles?

La mejor manera de conocer la respuesta es estar seguros de nuestra fidelidad ahora. ¿Está nuestra fe enraizada en principios sólidos y en el compromiso... o, ¿es un asunto de conveniencia?

¿Es nuestra lealtad únicamente a una serie de verdades, o somos principalmente leales a la Verdad? Jesús dijo: “Yo soy el camino, la verdad y la vida” (Juan 14:6).

Si amamos la Verdad, amaremos la verdad.

Si somos leales a la Verdad, seremos leales a la verdad.

La pregunta decisiva es: ¿Tendremos miedo a la posibilidad de una persecución? Y cuando venga –como

ha de venir–, ¿no daremos más bien la bienvenida a la oportunidad de mantenernos leales a Jesús, como el mayor de los honores y privilegios?

*Dios ha tenido siempre un pueblo fiel y leal
–los llamados, los escogidos–, y todavía tiene un
pueblo especial hoy.*